

A nuestro regreso de Buenos Aires, pernoctamos en Santiago de Chile. Una triste experiencia. Justamente aquella tarde, apenas dos horas antes de nuestra llegada, se había producido el atentado [o autoatentado], del cual "milagrosamente" - es una manera de decir - el General Pinochet había salido incólume. Murieron en cambio - y mire que coincidencia - todos los guardaespaldas que con sus pechos vendidos baratísimos cubrían la piel dura y a prueba de bombas del gorila. Por supuesto, el atentado [o autoatentado] fue el pretexto para aumentar la represión, para encarcelar a los opositores menos peligrosos, para matar a quienes luchan diariamente por el derecho a vivir en paz y en democracia, y para callar la boca a las agencias noticiosas del mundo que cuentan las cosas de Chile tal como acontecen, y no como le conviene al dictador. Entre las víctimas de la censura, la misma ANSA. A las ocho de la noche de aquel siete de septiembre, las calles de Santiago parecían un río del color del Guaire: millares de carabineros con sus uniformes marrones oscuros se paseaban por las avenidas desiertas en busca de los "terroristas" que sabían de antemano que no iban a encontrar, porque no existían. Con las metralletas

## OPINION

### Y VA A CAER...

—por Michele Castelli—

apuntadas a la altura de los corazones de los pocos atrevidos que corrían a sus casas, aquellos militares nos producían un sentimiento de odio y de compasión a la vez. Odio porque se prestaban a matar a sus hermanos para defender una causa que no es de ellos, sino de la burguesía criolla que hace contubernio con las multinacionales poderosas a las cuales sólo le interesa mantener los privilegios malhabidos; y compasión porque tal vez sólo las circunstancias los obligaban a asumir esas terribles actitudes, que sus conciencias probablemente rechazaban por inhumanas, injustas y antipatrióticas.

En el hotel donde nos hospedamos, camareros y clientes se miraban con desconfianza. "En Santiago uno nunca sabe quién es el otro", nos

decía siempre un chileno amigo, que el Pinochet echó de su tierra por "subversivo". Pero aún así, de vez en cuando se oía silbar aquella musiquita que se hizo célebre en las manifestaciones contra el tirano: "Y va a caer... Y va a caer...". Mientras tanto, con ganas de gritarlo, en nuestra memoria se hacía presente el soneto de Alberti, que con rabia poética dice así:

Soy Pinochet, el funeral verdugo,  
el Gran Funeralsísimo chileno.  
Tengo por alma un batallón de cieno  
y por cabeza un general tarugo.

Cuando mato, me arrugo y desarrugo,  
como culebra de mortal veneno.  
Chupo la sangre y todo lo gangrenoso  
con más flechas gamadas bajo el yugo.

El más odiado y escupido soy  
de la fétida ristra de fecales  
ratas que vomitó letrina oscura.

Soy Pinochet. Es esto lo que doy:  
la libertad para los criminales  
y para el pueblo ni la sepultura.